

Leonardo da Vinci

Tratado de Pintura

Traducción, prólogo y notas
de David García López



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Libro di Pittura*

Primera edición: 2013
Tercera reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Leonardo da Vinci: *Estudio de mano*
© Index - Bridgeman
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción, el prólogo y las notas: David García López, 2013
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2013, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-7577-0
Depósito legal: M-9.170-2013
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Prólogo, por David García López
- 49 Bibliografía

Tratado de Pintura de Messer Leonardo da Vinci, pintor y escultor florentino

- 55 Parte primera
- 111 Parte segunda
- 203 Parte tercera
- 263 Parte cuarta
- 271 Parte quinta
- 335 Parte sexta
- 359 Parte séptima
- 365 Parte octava

- 371 Tabla de concordancias

Léeme, lector, si te deleitas conmigo, porque tales cosas son contadas al mundo poquísimas veces, ya que la paciencia exigida por tal profesión y el afán de averiguar dichas cosas desde un punto de vista nuevo se encuentran en pocos. Y venid, hombres, a contemplar los milagros que se descubren en la naturaleza mediante tales estudios.

Leonardo da Vinci
Códice Madrid I, fol. 6r

Prólogo

El *Tratado de Pintura* de Leonardo o los escritos de un hombre iletrado

El 5 de agosto de 1473, Leonardo se encontraba en algún lugar cercano a Florencia. Desde allí dibujó un escarpado risco tras el cual se abre la gran llanura que se pierde en el horizonte. Así, el joven Leonardo, de 21 años, creaba el más temprano estudio de paisaje del arte europeo y el primer paisaje autónomo del arte italiano. El artista no podía ser más coherente con lo que dejaría escrito muchos años después en el *Tratado*: «¿Qué te mueve, oh hombre, a abandonar tus habitaciones en la ciudad, a dejar a los parientes y los amigos, y dirigirte al campo, por montes y valles, sino la natural belleza del mundo, que si consideras bien solamente gozas a través del sentido de la vista?» (n.º 23).

La pintura debía ser un espejo de la naturaleza y al pintor le correspondía conocerla en profundidad, visitarla con el juicio despierto para conocer su funcionamiento interior y el universo de sus formas. Fue Benedetto Cro-

ce quien escribió que la preceptiva de Leonardo era una autobiografía. El *Tratado de la Pintura* es el texto que mejor lo refleja, revelándonos al artista de curiosidad universal que dejó escrita la experimentación continua que había sido su vida, la observación de la naturaleza.

Leonardo se definió como un «hombre iletrado» (*uomo sanza lettere*), es decir, no había recibido una educación humanística, no había podido aprender el latín, la lengua franca de la Europa culta de la época, en la que se escribía sobre Teología, Filosofía o Historia, es decir, la alta cultura. Él se expresaría siempre en la lengua vulgar –tal y como se conocía entonces–, a pesar de sus variados intentos por dominar el latín, y en esa lengua vulgar llenaría los miles de folios de sus manuscritos, salpicados con sus extraordinarios dibujos. También en esa lengua vulgar quedarían expuestos sus conocimientos sobre todo tipo de materias: botánica, óptica, matemáticas, geometría, anatomía, fisiognomía, arquitectura, escultura, pintura... es decir, el funcionamiento de la naturaleza y de su creación más perfecta, el ser humano.

Esa falta de educación letrada seguramente estimuló su desconfianza en cualquier autoridad no puesta en cuestión por la experiencia. «Leonardo hijo de la experiencia», firmó en alguna ocasión el artista, quien criticó sin reservas los «discursos mentales [que] no se basan en la experiencia, sin la que no se puede llegar a ninguna certeza». Él esgrimiría esa nueva ciencia que se basaba en la experimentación de los sentidos y, fundamentalmente, en el máspreciado de todos ellos, la vista. «Las verdaderas ciencias», escribirá Leonardo, «son aquellas que la experiencia ha hecho penetrar por los sentidos y

silenciado las lenguas de los litigantes» (n.º 33). La premisa general de la que partía Leonardo es que todas las diversidades aparentes son expresiones de una unidad interna capaz de explicar el funcionamiento de todo lo observable en este mundo. El acto de observar y dibujar era para Leonardo un acto de análisis con el cual era posible aproximarse al conocimiento del universo. De ahí que la pintura, la ciencia del ojo, se convirtiera en el instrumento ideal para profundizar en la experiencia, de ahí que cada uno de los cuadros y los dibujos de Leonardo sean una prueba de su propio proceso de conocimiento.

Biografía de Leonardo da Vinci

El abuelo paterno de Leonardo, Antonio da Vinci, dejó anotado en su libro de familia el nacimiento de su primer nieto: «El sábado 15 de abril a las 3 de la noche [sobre las 22.30] nació mi nieto, hijo de mi hijo ser Piero. Recibió el nombre de Leonardo». De lo que no estamos seguros es del lugar donde se produjo el alumbramiento, posiblemente en la casa familiar del pequeño pueblo de Vinci, una localidad a unos 40 kilómetros al oeste de Florencia, o quizá en sus alrededores, donde la familia tenía algunas posesiones, como en la cercana Anchiano.

De la familia paterna de Leonardo tenemos noticias desde la primera mitad del siglo XIV y sabemos que sus miembros se dedicaban tradicionalmente a la profesión de notario, carrera que también siguió su padre, ser Piero (1428-1504), quien llegó a ocupar el puesto de notario

de la Signoria de Florencia. No por ello la familia descuidaba otras inversiones en el entorno rural de Vinci, donde poseía algunos terrenos dedicados principalmente al cultivo del olivo. De este modo se continuaba la tradición de la clase acomodada florentina, que diversificaba su vida y sus negocios entre el campo y la ciudad.

Sin embargo, poco sabemos de la madre de Leonardo, apenas su nombre, Caterina. Nacida seguramente hacia 1427, quizá fuera una campesina de Vinci o sus alrededores. De sus relaciones con ser Piero da Vinci tan sólo podemos constatar el nacimiento del pequeño Leonardo y el reconocimiento del muchacho por la familia Vinci como hijo natural del joven notario.

Ese mismo año de 1452 del nacimiento de Leonardo, el padre contrae matrimonio con Albiera di Giovanni Amadori, hija de un notario florentino, que fallecería por sobrepeso en 1464. La madre, por su parte, se espasa al año siguiente con Antonio di Piero di Andrea di Giovanni Buti, conocido como Acattabriga, algo así como «el Pendenciero», seguramente un antiguo soldado que procedía de una localidad cercana a Vinci, Campo Zeppi, donde se estableció la pareja. Tendrían cuatro hijas y un hijo. Ambos matrimonios muestran nítidamente las diferencias sociales de los padres de Leonardo.

Apenas sabemos nada de la infancia de Leonardo. Quizá pasó algún tiempo con su madre en la cercana Campo Zeppi, pero la mayoría del tiempo debió de estar en Vinci junto a su abuelo, su tío Francesco, su padre —que viajaba a menudo— y la esposa de éste, tal y como muestra el catastro de 1457. Quizá esta infancia en el

ambiente rural despertó en el muchacho un temprano interés por la naturaleza y todos sus fenómenos que permanecerá con él toda su existencia, tal y como muestran algunos de los recuerdos que anotó en sus manuscritos.

Esta situación debió de cambiar pronto. Su abuelo murió antes de 1465 y toda la familia hubo de trasladarse a Florencia, donde ser Piero se había convertido en el cabeza de familia, mientras iba escalando posiciones profesionales en la ciudad dominada por los Médicis. En 1469, Leonardo aparece empadronado con su padre y su nueva esposa, Francesca di Ser Giuliano Lanfredini, también hija de un notario florentino. El joven debía encontrarse desde hacía algunos años en Florencia, donde sabemos que entró en el taller de uno de los más importantes artistas de la Florencia de su tiempo: Andrea Verrocchio (*ca.* 1435-1488). Posiblemente lo hiciera alrededor de 1465, puesto que lo habitual era que los aprendices ingresasen en los talleres artísticos entre los doce y los catorce años.

Es elocuente de la relación con su padre que éste le introdujera en un taller artístico y no le proporcionara una educación humanística que incluyese el latín, como era habitual entre los vástagos de las familias de la burguesía o el bajo patriciado florentino, y fue norma en todos sus ancestros notarios. Sin embargo, para ser Piero fue siempre evidente que Leonardo era un hijo natural y su relación hacia él fue completamente diferente a la que mantuvo con el resto de sus otros hijos, nacidos en el seno de sus sucesivos matrimonios. Para Leonardo estimó que no era necesaria una educación letrada y sí el aprendizaje de un oficio, actividad que hubiera sido considerada infa-

mante para cualquier hijo de patricio florentino. A pesar de la creciente estimación de las artes que vivió el siglo XV florentino y la sostenida defensa de la pintura como arte liberal, los talleres de los artistas seguían funcionando como cualquier otra factoría artesanal. Era, en definitiva, un oficio manual. No hay más que recordar cómo, el ya anciano Miguel Ángel Buonarroti (1475-1564), a mediados del siglo XVI, negaba contra toda evidencia haberse formado en el taller de Domenico Ghirlandaio y declaraba que sólo había ejercido su arte por servir a los sucesivos papas y por la gloria de la Iglesia. De otra forma, explicaba, su familia quedaría infamada.

El taller de Andrea Verrocchio era uno de los más importantes de la ciudad de Florencia por aquellos años. Como dijimos, lo habitual era que los aprendices entraran en los talleres entre los doce y los catorce años y los maestros firmasen un acuerdo con el padre del muchacho para enseñarle el oficio durante los seis años siguientes. La base del aprendizaje artístico era el dibujo. Primero, la copia del repertorio de dibujos que atesoraba el maestro, después relieves o copias de esculturas de la Antigüedad, para pasar al dibujo del natural. El maestro también proporcionaba al aprendiz algunos conocimientos técnicos sobre geometría y perspectiva para que el joven artista supiera ubicar a sus personajes en el espacio, así como las técnicas para mezclar los colores y preparar los muros para pintar al fresco o las tablas que solían utilizarse entonces como los soportes pictóricos habituales.

Andrea Verrocchio era un artista especialmente versátil. Su taller también recibía encargos de pintura, aunque era especialmente reconocido por la habilidad del

maestro en la escultura y la orfebrería. Leonardo pudo así formarse no sólo como pintor sino también como escultor y conocer de primera mano procesos técnicos tan exigentes como el vaciado de esculturas de gran tamaño en bronce, lo que le sería de gran ayuda de cara al futuro. Es interesante recordar que Giovanni Santi, el padre de Rafael, decía sobre el maestro de Leonardo: «entre la pintura y a la escultura hay un puente / sobre el cual se pasa con destreza / con Andrea del Verrocchio». No hay duda de que Leonardo sacó provecho de esas enseñanzas y utilizó presto dicho puente entre las artes. Giorgio Vasari, el biógrafo de los artistas del Renacimiento, refiere el modo de trabajar del joven Leonardo: modelaba pequeñas figuras de arcilla que luego dibujaba, pasaba así de la escultura a la pintura y demostraba ser buen conocedor de ambas artes, con una pericia basada en sus extraordinarias dotes como dibujante. Verrocchio también era conocido por sus conocimientos de arquitectura e ingeniería. Un encargo a su taller, la instalación de la linterna de la catedral de Florencia en 1471, permitió a Leonardo copiar muchos de los dibujos de las máquinas con las que Brunelleschi pudo levantar la gran cúpula florentina, que se conservaban en la Fábrica de Santa Maria del Fiore. Leonardo pudo así formarse también en la arquitectura y la ingeniería durante su juventud, otras de sus actividades más recurrentes en el futuro.

Del verano de 1472 es su primera inscripción conservada en la cofradía de pintores florentinos, la Compañía de San Lucas. Es ya un artista formado que, sin embargo, seguiría trabajando durante unos años más como oficial en el taller de su maestro. Así por ejemplo se consi-

dera al valorar pinturas de Verrocchio como el *Bautismo de Cristo* de los Uffizi o el *Tobías y el ángel* de la National Gallery de Londres, en los que algunas de sus partes se atribuyen al pincel del joven Leonardo.

También vinculado al taller de Verrocchio le sitúa una denuncia por sodomía de abril de 1476, acusado junto a otros ciudadanos florentinos de frecuentar a un muchacho de 17 años. Los testimonios de los contemporáneos no dejan lugar a dudas sobre la homosexualidad de Leonardo, bastante habitual por otra parte en la Florencia de la época a pesar de que las autoridades y la Iglesia la persiguiesen periódicamente. La denuncia se sobreseyó sin consecuencias legales.

Fue hacia 1477 cuando el joven Leonardo abrió un taller propio y en enero del año siguiente firmó el primer contrato conocido: el encargo de un retablo para la capilla de San Bernardo de la Signoria de Florencia que, sin embargo, se suspendería posteriormente. Los contemporáneos también nos relatan la buena relación de Leonardo con la familia que dominaba la política de la república florentina por aquellos años: los Médicis. Nuestro artista parece que gozó de la protección de Lorenzo el Magnífico, quien lo acogió en el llamado Jardín del convento de San Marcos, donde Lorenzo había ubicado sus colecciones de escultura antigua y brindaba protección a algunos artistas jóvenes, sobre todo a escultores. Sin embargo, Leonardo no se encontraría entre los principales pintores enviados al papa Sixto IV por el Magnífico para decorar los muros de la Capilla Sixtina en 1481. Allí fueron artistas como Sandro Botticelli, Pietro Perugino, Luca Signorelli o Domenico Ghirlandaio.

No sabemos cuáles fueron los motivos del traslado de Leonardo a Milán. Quizá no se sintiera lo suficientemente valorado en Florencia, o influyesen las relaciones nunca demasiado cordiales con su padre ser Piero o, simplemente, le motivara el afán de aventura en una corte que había parecido deslumbrante a los florentinos cuando el duque de Milán, Galeazzo Maria Sforza, visitó Florencia en 1471 exhibiendo un cortejo imponente y suntuoso.

Seguramente fue enviado por Lorenzo el Magnífico con el encargo de llevar una lira de plata al nuevo hombre fuerte de la ciudad, Ludovico Sforza, «el Moro». El viaje probablemente tuvo lugar en febrero de 1582, y Leonardo se presentó como músico. Las fuentes lo retratan como virtuoso de la lira *da braccio*, un instrumento de cuerda precedente del violín moderno. No hay que olvidar que Andrea Verrocchio también era considerado un músico instruido y la capilla de música de la corte de Milán era una de las más importantes de la Europa de la época.

Es elocuente de la versatilidad del joven Leonardo que se presentara en una carta ante Ludovico Sforza como un consumado ingeniero militar, dispuesto a declarar al belicoso gobernante sus «secretos» en la fabricación de todo tipo de ingenios militares. A sus 30 años, Leonardo se presenta como un pintor y escultor experto, capaz de realizar grandes figuras en bronce. Pero también es un versátil ingeniero y arquitecto. En Milán, Leonardo demostró todo su potencial en la corte del Moro. Recitales poéticos y musicales acompañado de su lira, decoración de interiores como demuestran los restos de la Sala delle Asse en el Castillo Sforzesco, diseños y producciones

teatrales como la que dirigió con motivo de las bodas del duque Gian Galeazzo Sforza e Isabel de Aragón en enero de 1490. Su labor de pintor también continuaba creando obras maestras como *La Virgen de las rocas* o el fresco de *La última cena* para el refectorio de Santa Maria delle Grazie, a partir de 1495.

Como arquitecto, Leonardo participó en el concurso del proyecto del cimborrio de la catedral de Milán en 1487, declarándose «médico-arquitecto» capaz de sanar las dolencias de la estructura. Y como escultor, en 1489 ya se le había encargado la gran obra del momento: el proyecto de la gran escultura ecuestre del duque Francisco Sforza, padre de Ludovico, para cuya realización se trasladará a la llamada Corte Vecchia, el antiguo palacio de los Visconti junto a la catedral, donde estará ubicado su taller de ahí en adelante. También recorrió el sur de los Alpes y el lago de Como, seguramente en su faceta de ingeniero, dejando decenas de anotaciones sobre observaciones de la naturaleza.

A finales de los años 80, Leonardo tiene un taller muy activo en Milán, donde vive rodeado de un grupo de jóvenes pintores como Giovanni Antonio Boltraffio, Marco d'Oggiono o su compañero en el cuadro de la Virgen de las rocas, Ambrogio de Predis. Ellos formarán la primera hornada de los pintores lombardos que difundirán el estilo leonardesco por el norte de Italia. Es aquí donde seguramente Leonardo irá definiendo el método de enseñanza que después desarrollará en algunos capítulos del *Tratado de Pintura*. Paulo Giovio, un médico y literato que conoció a Leonardo posteriormente en Milán y que escribió su primera biografía, refiere que no permitía a los jóve-

nes de menos de 20 años tocar los pinceles ni los colores y sólo les dejaba practicar con un estilete de punta de plomo para que primeramente se instruyeran en el dibujo.

Durante esos años también se produce un hecho importante: es en la segunda mitad de los años 80 cuando comienza a escribir sobre la pintura de forma sistemática en sus famosos cuadernos y libretas. En ellos irá anotando desde las anécdotas personales más banales hasta sus investigaciones científicas más elaboradas, acompañando sus textos con todo tipo de dibujos, desde sencillos esquemas a elaborados diseños de cualquier objeto que le rodee. En esos años también anota una primera lista de libros de su posesión, es decir, adquiere una biblioteca básica y comienza a concienciarse de que el lenguaje, la reflexión escrita, forma parte vital del arte.

Además, diseña las figuras geométricas para *De Divina Proportione* de su amigo matemático Luca Pacioli, quien allí indica que Leonardo había terminado un libro sobre la pintura y el movimiento humano. Por los manuscritos conservados, sabemos que desde 1489 Leonardo preparaba un libro sobre la anatomía humana —que posteriormente recibirá el título *De figura humana*—, el comienzo de lo que será su gran proyecto para elaborar una ciencia general para los pintores. Es el germen de muchos de los temas que después se volcarán en el *Tratado de Pintura*.

Después de breves viajes a Mantua y Venecia en 1498, la situación política se hace cada vez más inestable en Milán. Ludovico el Moro es derrotado por los franceses, que entran en la capital de la Lombardía en septiembre de 1499. Aunque Leonardo colabora con los franceses, finalmente decidirá abandonar Milán poco más tarde.

Después de 18 años, Leonardo regresa a Florencia, donde se encuentra con seguridad en la primavera de 1500 y donde, a pesar de varios desplazamientos, permanecerá regularmente hasta 1506. Tras un viaje a Roma en 1501, donde dibuja esculturas y edificios de la Antigüedad, en el verano de 1502 entra al servicio de Cesare Borgia, el hijo del papa Alejandro VI, quien ha decidido crearse un principado en la Romagna a través de una guerra de conquista. Borgia decide llevar consigo a Leonardo como ingeniero militar, una actividad en la que estará involucrado el artista hasta la primavera de 1504.

Durante esos años, el prestigio de Leonardo es ya extraordinario en Florencia. Vasari narra cómo las gentes se agolpaban para contemplar la exposición de un gran dibujo preparatorio, un cartón de la Virgen y santa Ana: «iban a verla hombres y mujeres, jóvenes y viejos, como quien acude a las fiestas solemnes, para contemplar las maravillas de Leonardo». En Florencia también trabaja como ingeniero militar en la guerra que la ciudad sostiene contra Pisa y, aunque seguramente por esos años pinte obras como la *Mona Lisa* del Louvre, por entonces se le describe más interesado en la geometría y las matemáticas que en la pintura, a pesar de que ávidos coleccionistas como Isabel d'Este le demanden continuamente pinturas. En todo caso, el prestigio del fresco de *La última cena* de Milán motivó que el gobierno florentino le encargase el gran fresco de *La Batalla de Anghiari* para el Palacio Vecchio, el gran fresco al que se dedicará desde finales de 1504 pero que quedará inacabado.

Durante esos años de estancia florentina, concretamente en julio de 1504, muere el padre, ser Piero da Vin-

ci. Tras sucesivos matrimonios, deja en el mundo diez hijos y dos hijas, tal y como consigna el propio Leonardo en uno de sus manuscritos, incluyéndose él mismo en el recuento. Sin embargo, en el testamento, él es el único vástago ignorado por completo por ser Piero. Otra vez su condición de hijo natural.

Durante los años siguientes, Leonardo vivirá entre Milán y Florencia, si bien es evidente que su deseo es permanecer en la capital lombarda. A Florencia solamente le conducirán distintas obligaciones. El gobierno florentino solicitará repetidamente su vuelta y la terminación del fresco de *La Batalla de Anghiari*, mientras otro contencioso enfrentará al artista con sus hermanos. Su tío Francesco, hermano de ser Piero, había fallecido en 1507. Bastante unido a Leonardo y seguramente para compensar el testamento del padre, nombra a Leonardo heredero universal. Los hermanos impugnarán el testamento y así se iniciará un largo contencioso que obligará a Leonardo a viajar a Florencia.

Todo lo contrario es la vida de Leonardo en Milán. Allí, la administración francesa está dirigida por el gobernador Charles d'Amboise, quien era uno de los más fervientes admiradores del artista. En abril de 1507, Leonardo dirigirá la escenografía que recibe a Luis XII de Francia, otro gran admirador del artista florentino. La corte francesa protege y admira a Leonardo, pide al gobierno florentino que se permita al artista continuar alojado en Milán y le denomina «nuestro pintor e ingeniero ordinario», primer título oficial del que se tiene noticia. En el Milán de aquellos años, Leonardo es el árbitro del gusto, tal y como refiere Paulo Giovio, testigo de vista

de esa época: «[Leonardo era] el árbitro e inventor de todos los refinamientos y deleites, en especial de los relacionados con los espectáculos teatrales».

Pero Leonardo también continúa trabajando en sus manuscritos. Éstos han ido creciendo hasta hacerse casi inmanejables. En esas fechas recopila muchas de sus notas anteriores y cada vez piensa más en la publicación de sus textos y dibujos. En 1508 se promete a sí mismo ordenar sus escritos, una tarea para la que será fundamental la ayuda de un personaje imprescindible en la preservación de los manuscritos leonardianos: Giovanni Francesco Melzi, el joven que apareció en la vida de Leonardo en el verano de 1507. Nacido hacia 1493, era un miembro de la baja nobleza lombarda. Con afición por el dibujo y la pintura, recibió una esmerada educación humanística y entró en el círculo de Leonardo siendo un adolescente. Pronto debió apercibirse Leonardo de que la buena educación de Melzi y su elegante letra le convertían en un óptimo secretario y, a la vez, podía ser de gran ayuda para la ordenación de sus manuscritos. Melzi se convirtió en el ayudante ideal para la recopilación teórica que Leonardo pretendía llevar a cabo y acompañó al maestro hasta su muerte, y heredó todos sus manuscritos y los conservó junto a sí toda su vida.

Sin embargo, por aquellos años la guerra se cernía de nuevo sobre Milán, los franceses fueron expulsados y una nueva generación de la familia Sforza entró en la capital a finales de 1512. Leonardo pasó una larga temporada en la villa familiar de Francesco Melzi en Vaprio d'Adda, al noroeste de Milán, pero un nuevo protector le deparará un inesperado destino. El hijo de Lorenzo

del Magnífico, Giovanni de Médicis, había sido elegido papa en marzo de 1513, tomando el nombre de León X. Junto a él está su hermano Giuliano de Médicis, un antiguo admirador de Leonardo que ahora le invita a dirigirse a Roma. El propio Leonardo dejó escrito que partió de Milán en septiembre de 1513 para dirigirse a Roma. Se establece en el Belvedere vaticano, cercano a Giuliano, quien, según un testigo de la época, le dispensaba un trato «más de hermano que de amigo». Allí, un tanto apartado del resto de la corte pontificia, pues nunca tuvo el aprecio del papa, siguió trabajando Leonardo, especialmente en sus experimentos científicos y en sus manuscritos.

Su aislamiento será creciente cuando Giuliano parta de Roma para esposarse con Filiberta de Saboya en enero de 1515. Ese mismo año será denunciado por practicar la disección a un cadáver en el hospital del Santo Spirito –actividad que ya había realizado antes, sobre todo en Florencia–, lo que demuestra que Leonardo sigue trabajando en sus estudios sobre la anatomía humana. A pesar de acompañar al papa en su viaje a Florencia y Bolonia a lo largo de 1515, la muerte de Giuliano de Médicis en marzo de 1516 le deja sin protector en la corte papal.

Pero los franceses siguen acordándose de Leonardo y su nuevo y joven rey, Francisco I, a quien el artista había conocido en Bolonia, debió de invitarlo a su corte. A finales del verano de 1516, Leonardo, con 64 años, inicia un largo viaje hasta Francia, al castillo de Ambois en las orillas del Loira, el lugar que será su último destino. En la documentación cortesana se le cita como «pintor del